

Homilía por el 47º aniversario del Sodalicio de Vida Cristiana En la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María

Parroquia de Nuestra Señora de la Reconciliación

8 – Diciembre - 2018

“Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra”. Este “Fiat” de la “niña de Nazaret”, Santa María, desencadenó la historia de nuestra Salvación, porque el Altísimo hizo en Ella grandes maravillas y, la que había sido preservada de todo pecado, concibió en su seno al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo, y, sin perder su virginidad, dio a luz a su hijo primogénito, Jesús, el Mesías Salvador.

¡Cuántos misterios de Gracia y Amor divinos encierra esta breve frase, que es lo que celebramos en unión de toda la Iglesia el día hoy!

Pero, además, nos hemos reunido para hacer memoria agradecida porque en este día, el año 1971, el Señor quiso que naciera aquí en nuestra ciudad un nuevo Carisma, una semilla, un granito de mostaza que en poco tiempo creció como árbol frondoso del cual brotaron varias comunidades dedicadas a la Evangelización en nuestro país y en muchos otros países del mundo.

Y cuando parecía que los Sodálites eran esos evangelizadores con forma de excelencia en la formación y educación de las clases sociales, con total disponibilidad al servicio en todos los campos, con gran creatividad para desafiar la sociedad actual y así llevar la Buena Noticia sobre todo con la vida, la conducta y los gestos, pero también con la palabra; inesperadamente vino a la luz el pecado que, hoy como familia, tienen que cargar también la gran mayoría de aquellos que son fieles a Dios y a su Carisma, que les llama a ser “artesanos de reconciliación en el mundo actual”, como decía el Papa San Juan Pablo II el año 99, y a la promoción de la juventud, a la evangelización de la cultura y al compromiso solidario con los pobres, los más amados del Señor.

Así, quienes les apreciamos y amamos, aun no negando la vergüenza del pecado de algunos y sintiendo una gran solidaridad y deseo de justicia con las víctimas; reconocemos la valentía y la fe con que sus superiores y los Sodálites de hoy vienen viviendo este doloroso capítulo, un verdadero Vía Crucis,

buscando con el acompañamiento de la Iglesia, el camino de la reconciliación y de la renovación, a través de la expiación y de la obediencia.

A ustedes, que han nacido y viven del Amor filial mariano, en este día les parafraseamos las palabras de la Virgen de Guadalupe: *“No tengan miedo, que está aquí la que es su Madre”*.

Por eso, les acompañamos en esta Misa y con nuestras plegarias, mientras se van preparando para la Asamblea que tendrá lugar en el Santuario de Aparecida, como ha de ser para quienes están bajo el amparo de nuestra Santa Madre. La Asamblea será un momento especial de gracia para ustedes, y también para todas las muchas realidades eclesiales, obras, parroquias, familias, grupos laicales, que están en comunión con ustedes. Y todos los acompañamos con afecto, para que renovados y fortalecidos puedan regresar nuevamente a sus comunidades y servir a Jesús en la Iglesia y en los hermanos, con particular atención a los jóvenes y a los más humildes, llevando siempre la alegría de sentirse amados y la fantasía de la Caridad fuente y fruto de ese Amor, que distingue a los Sodálites.

Además, como elemento esencial reconstitutivo de la genuidad de su Carisma, somos testigos de cómo ustedes vienen haciendo grandes esfuerzos por fortalecer la vida espiritual, la conciencia de ser hombres de Dios y apóstoles, animándose mutuamente a vivir con más hondura el don del perdón y la reconciliación, para dejarse renovar por el Espíritu Santo en la vida y en el servicio apostólico.

Con ocasión de celebrar los orígenes de su propia vocación que es la Asamblea, el regresar a Galilea de Papa Francisco, ustedes sean conscientes de que el Carisma suscitado por el Espíritu Santo y reconocido por la Iglesia, ha gestado un proyecto de seguimiento de Jesús, a través de la plena y perpetua disponibilidad a la causa del Evangelio, superando las fragilidades y el pecado propios, para enfrentar con decisión y firmeza la cultura superficial y la dictadura del relativismo propios de nuestra sociedad que son causa de la desazón y de la depresión de tantas personas en nuestro tiempo.

Ha llegado el momento de dejar atrás el pasado borrascoso con la pérdida de tantos hermanos que se han retirado, para entender que era necesario que se descubriera la verdad y se desnudara el pecado y así entrar con pureza en el Plan de Dios y emprender un camino nuevo y así, después de afrontar con

dignidad cristiana el reto de pedir perdón a título institucional y personal, serán capaces de visualizar nuevos y transformados horizontes, sobre la base del Carisma fundacional comunitario y con un nuevo brillo del Evangelio que van a predicar con la lucidez y claridad que le son propias.

En particular, me permito pedirles que, mirando hacia ese futuro nuevo, tomen en cuenta tres sugerencias:

- Traten de conocer y amar siempre más a la Iglesia Católica, o sea, universal y dentro de ella y sobre todo de la Iglesia que sufre persecución. En estos momentos, ustedes también son parte de esta Iglesia que sufre, porque van cargando con los errores y las culpas de la que es su familia. Que esta experiencia dolorosa, les ayude a amar más a la Iglesia perseguida por motivos de Fe en muchos países, y darla a conocer y amar a los jóvenes que se acercan al Sodalicio y a todos los que están en comunión con ustedes, y así nazca en todos la solidaridad en la oración, y en ustedes el deseo de la misión a aquellos lugares, si Dios así lo quiere, por lo que algunos o muchos de su familia puedan partir para dar testimonio en esas tierras, aun sabiendo que les podría costar el martirio.
- En segundo lugar y en fidelidad a su Carisma de institución laical, traten de valorar más el Sacerdocio al que son llamados unos hermanos, y no solamente para algún ministerio que les confía la Iglesia, sino como paternidad que puede enriquecer a todos los hermanos. La Misa diaria, la adoración eucarística y la confesión han de preceder y tener prioridad sobre cualquier acto y acción en sus comunidades. Francisco de Asís descubre en la Eucaristía que celebra el Sacerdote, la humildad de Dios: Dios que se baja para ser nuestro vecino, asequible a nosotros, para donarse al hombre bajo la forma sencilla del pan y del vino, para que nos podamos alimentar. A través de las manos del Sacerdote, Dios se humilla y quienes comulgamos somos llamados a imitar esta divina humildad. Decía San Francisco: *“Miren hermanos la humildad de Dios y humíllense también ustedes, para que sean exaltados por Él. Y no se queden con nada de ustedes mismos para que los acoja completamente Aquel que se ofrece completamente a ustedes”*. Esta humildad y el amor a Jesús Eucaristía les ayudarán a dejar de lado todo sueño de grandeza y superioridad,

para encontrar su gozo en vivir en la humildad su vocación y misión, a ejemplo de Santa María.

- En tercer lugar, y desde esta humildad divina, aprenderán siempre mejor la belleza de ser servidores de los más humildes, de los pobres nuestros amos y de los enfermos nuestros maestros. Ciertamente es conocido por todos el gran apostolado social que realiza el Sodalicio, pero será más provechoso si además cada sodálite hace una obra de misericordia, sin importar qué autoridad tiene en la Comunidad ni qué labor le es encomendada.

Citando nuevamente al Padre san Francisco, les recuerdo que si bien él consultaba a las Escrituras y pedía al Crucifijo de San Damián, cuál era la voluntad de Dios para con él, fue en el abrazo al leproso que él descubrió ***“lo que debía hacer, lo que el Señor le pedía”***.

Cada uno descubra la belleza de servir (aun físicamente) a Jesús en los más amados por Él, y en los discriminados por la sociedad, a los descartados por la gente de riqueza y de poder, y así podrá ver la luminosidad de su Carisma.

Con la sencillez de hijos muy amados, eleven a nuestra Madre la oración filial, para que sea Ella la que les acompañe en este tiempo de prueba, como acompañó al Salvador en los momentos decisivos de su vida en la tierra. Y tengan fe en Dios que es Padre y en Ella que es Mamá y les dice: ***“A qué le temen si estoy aquí con ustedes yo que soy su Madre?”*** Y de parte de todos nosotros, toda clase de plegarias y bendiciones.